

LOS SILBATOS DE GUARUPARO

Carlos Stohr

Tinta sobre Papel

2002

Guaruparo, el hijo de Tamoco el amo de los siete fríos, de las neblinas intensas y de las cosechas prodigiosas, en Arimacoa, la madre de la destreza y de las habilidades, entrelazando los gajos de la palma carana para hacer los mapires, nació la misma noche que el enhiesto Guayamurí, atormentado, vomitaba hacia los elementos sus últimas cenizas y amainaba sus desafiantes lenguaradas de candela.

Desde ese mismo momento supieron que iba a ser inquietísimo y mandaron a pregonarlo con toques de guaruras y coriocos, que fueron de pitache en pitache desde Guayatamo hasta Guainamar y puntos intermedios, con la velocidad de la luz de los relámpagos.

Fue creciendo soberbio y desafiante, sin acatar las instrucciones y consejos de sus angustiados progenitores, al extremo de estos verse obligados a prohibirle el uso de los instrumentos y toques sagrados, que se venían repitiendo de generación en generación por mandato de los cuatro Dioses.

La candela y el agua reservadas para usos benéficos, las utilizaba con fines inconfesables y todos los vivientes se aterrorizaban cuando desencadenaba las tormentas para precipitar el torrente de la quebrada, que como regalo le habían asignado en la hora de su nacimiento, con el noble propósito de que regara los campos labrantíos y aumentara las cosechas. Tanto anduvo en sus inquietos desvaríos y obstinada desobediencia buscando como suplantar los toques prohibidos, hasta que inventó el silbato, apretándose los labios con los dedos índice y pulgar para expulsar con mucha habilidad y fuerzas controladas el aire acumulado en sus pulmones, haciendo que el rarísimo sonido se expandiera como un don del altísimo por todos los contornos, como llevado en alas de entes prodigiosas. Con ese silbato mantuvo en jaque a propios y a extraños, hasta que tuvo fuerzas suficientes para llevarlo a cabo.

El día que exhaló sus últimos suspiros y fue enterrado en el mismito sitio donde había venido al mundo de los mortales, hubo fiestas y sacrificios sagrados a sus ancestrales Dioses, por considerar que se había logrado liberar a la tierra de los desmanes incontrolados del desacatante Guaruparo.

Pero pasado algún tiempo, empezaron a sentirse nuevamente los rugidos de la quebrada del difunto y su viejo silbato, los cuales volvieron a atemorizar a todos los mortales. I aunque han pasado los siglos, todavía se escucha por doquiera la vieja sentencia popular que dice: " Cuando Guaruparo silba o "ruena", no hay en el valle de Arimacoa, quien no se ponga en pena..."

Escrito de José Joaquín Salazar Franco "Cheguaco"



Fundación José Joaquín Salazar Franco
"Cheguaco"